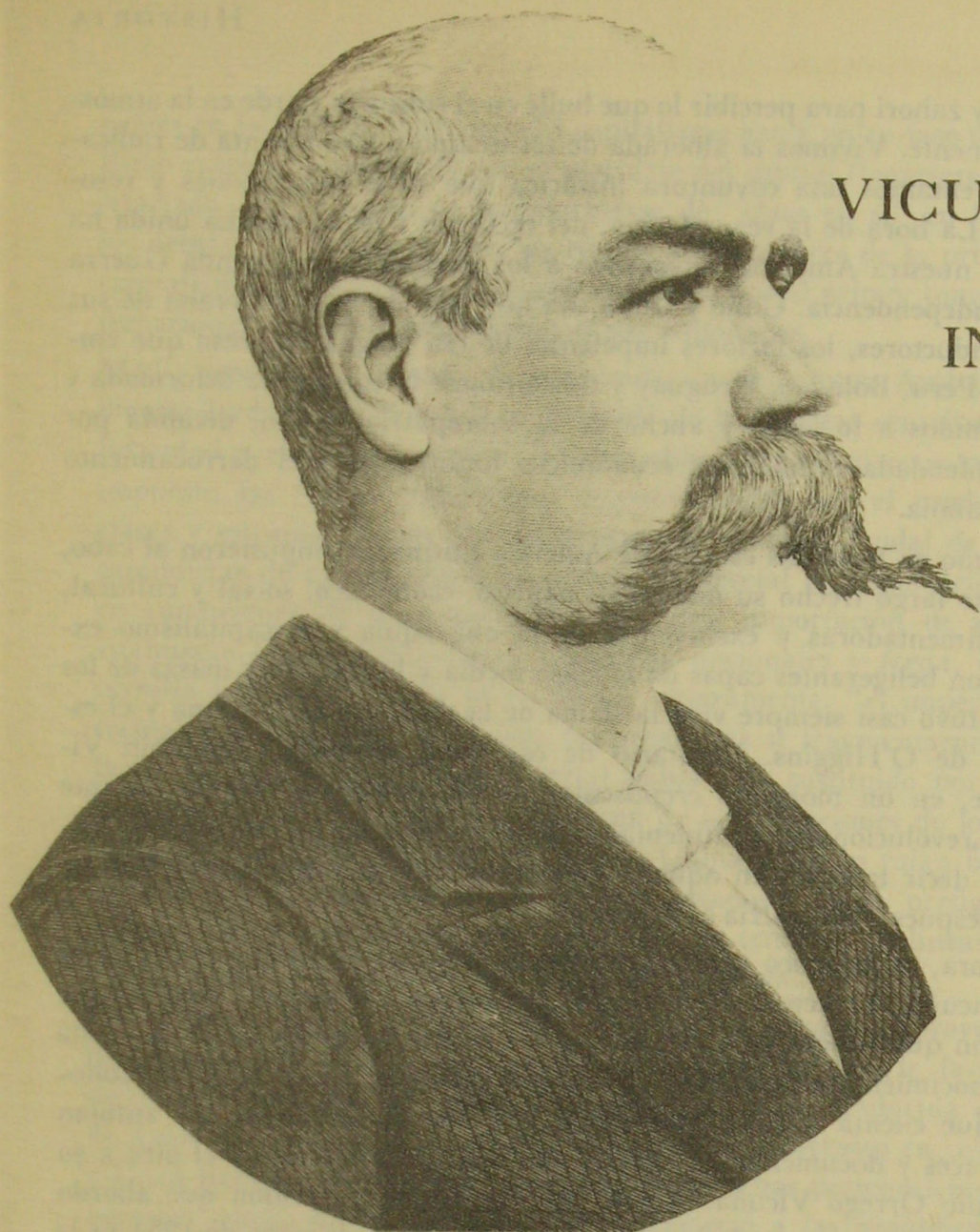


BENJAMIN VICUÑA MACKENNA Y LA INDEPENDENCIA DE CUBA

por RAÚL ROA



Benjamín Vicuña Mackenna

Texto del discurso pronunciado por el Canciller Cubano, Raúl Roa, el martes 17 de agosto de 1971 en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, con ocasión de serle otorgado el grado de Doctor Honoris Causa conferido por esta corporación de estudios.

Temas de varia índole y diverso alcance solicitarían mi interés al conocer la honrosa invitación que me depara la oportunidad de ocupar esta tribuna. Ninguna, sin embargo, me pareció tan incitante, en esta ocasión, como el que he elegido: el papel desempeñado por Benjamín Vicuña Mackenna en la independencia de Cuba. Sobre advertir a la perspicacia chilena que no se trata de un tema platónico, ni mucho menos, de una inmersión ritual en un archivo ornado de telarañas y cundido de polillas. Se trata, por el contrario, de un tema vivo y coleante. AtaÑe, ni más ni menos, al problema, ya planteado en los hechos, de coronar la inconclusa epopeya bolivariana en una época que se define y caracteriza por el duelo entre el mundo socialista emergente y el mundo capitalista declinante.

No se precisa ser muy zahorí para percibir lo que bulle en el subsuelo y arde en la atmósfera de nuestro continente. Vivimos la alborada de un tiempo nuevo encinta de radicales mutaciones. Enfrentamos una coyuntura histórica que tiene dimensiones y resonancias universales. La hora de la reanudación, del recuento y de la marcha unida ha sonado de nuevo en nuestra América convocando a los pueblos a la Segunda Guerra Revolucionaria de Independencia. Chile y Cuba son hoy, por decisión soberana de sus pueblos y de sus conductores, los factores impelentes de esa magna empresa que empieza ya a andar en Perú, Bolivia y Uruguay y desentumese la conciencia deformada y los ímpetus comprimidos a lo largo y ancho de la sobrepatria común, dividida por las oligarquías y enfeudada a intereses económicos foráneos tras el derrocamiento de la dominación española.

Si bien en Chile, como en todos los estados de América Latina, se impusieron al cabo, configurando durante largo trecho su desarrollo político, económico, social y cultural, las fuerzas compartimentadoras y excluyentes de la oligarquía y el capitalismo extranjero en pugna con beligerantes capas de la clase media y las informes masas de los desposeídos, se mantuvo casi siempre viva la llama de la tradición bolivariana y el espíritu americanista de O'Higgins. Legatario de esa noble herencia, Benjamín Vicuña Mackenna fue, en un momento crepuscular de esa tendencia surgida durante la Primera guerra revolucionaria continental, adalid chileno de la unificación latinoamericana. Pudo decir también en aquella memorable sazón, como Simón Bolívar antes y José Martí después: "Mi patria es América".

No me es dable ahora, ni tampoco parece pertinente, adentrarme en el análisis de la vida y la obra de Vicuña Mackenna. Pero no sólo por carencia de tiempo, sino porque sería vana pretensión que viniera yo a descubrir a los chilenos a quien viene de vuelta del estudio y el conocimiento exhaustivos de sus compatriotas. En la copiosa bibliografía pasiva con que cuenta Vicuña Mackenna, hay dos libros que se me antojan los más sueltos, veraces y documentados, debido uno a Ricardo Donoso y el otro a su descendiente, Eugenio Orrego Vicuña. Ambos autores tocan la cuestión que abordo y el segundo la trata con mayor amplitud en discurso leído el 14 de junio de 1951 en la Academia de Historia de mi país. Me ceñiré estrictamente, por tanto, a la porción de la vida y la obra de Vicuña Mackenna relacionada con Cuba, en su contexto histórico y en su perspectiva americana.

El 11 de septiembre de 1865 una muchedumbre enfebrecida se arremolinaba en torno a la estatua erigida en la ciudad de Santiago a José San Martín. Al pie de la severa figura del libertador argentino, un orador de verbo flamígero y pensamiento enjundioso clamaba contra las declamaciones, proponía sustituir las palabras por los hechos, demandaba ripostar con las armas a las armas de los invasores y urgía a cerrar filas en defensa de Chile y de América. Era, huelga decirlo, Benjamín Vicuña Mackenna.

Días más tarde, en pregonada solidaridad con Perú agredido en son de reconquista por la armada española, la República de Chile declaraba la guerra a la monarquía borbónica.

Abramos en abanico la mirada para ojear el vasto y complejo escenario en que se generan los acontecimientos en que será actor destacado Vicuña Mackenna.

Los años en que esos acontecimientos se enmarcan preludian un cambio de constela-

ciones en la historia universal. El capitalismo entra en su fase de plenitud, el imperialismo empieza a germinar con el maridaje del capital financiero y el industrial, el proletariado está a punto de transformarse de "clase en sí" en "clase para sí" y para los demás. Ya se han sentido los efectos devastadores de la primera crisis general del capitalismo. Carlos Marx daba sus toques finales al primer tomo de *El Capital*. La Internacional expande impetuosamente sus actividades.

Media centuria se cumplía de la constitución de nuestra América en estados independientes mediante el impulso irrefrenable de las fuerzas centrípetas de la unión, la solidaridad y el destino común de sus pueblos. Pero el paisaje era otro. Se habían casi impuesto las fuerzas centrífugas desencadenadas por el predominio político de las clases y estratos sociales que representan la tenencia feudal de la tierra, formas precapitalistas de producción y un sistema comercial de exportación de materias primas en condiciones de monomercado y de libre importación de mercancías que afecta vitalmente las manufacturas y artesanías nacionales y frena, conformándolo, el desarrollo industrial. Como se ha dicho, certeramente, "el imperio se destruyó, los virreinos se rompieron en países, las provincias se fragmentaron en facciones y caudillos". El férreo centralismo imperial había sido sustituido por un localismo absolutista que dejaba el continente a merced de las ambiciones de los jacobinos postizos y de la codicia del capitalismo extranjero. China y Japón caían bajo la sujeción económica de las potencias coloniales. En los Estados Unidos, prefigura el capitalismo en su más alta y podrida etapa de desarrollo, se tendían, en líneas antagónicas de combate, la expansión industrial y la regresión esclavista.

En el interregno de 1858 a 1863, el gobierno español, aprovechándose de su relativa estabilidad y de circunstancias internacionales que le favorecían, se aprestó a desarrollar una política exterior de corte imperial, traducida en la reincorporación de Santo Domingo a la corona, la intervención en México en contubernio con Francia y Gran Bretaña, la ocupación de las Islas Chinchas pertenecientes al Perú y la actitud agresiva contra Chile. Un escalofrío estremeció a las repúblicas recién emancipadas de España mientras los colonialistas batían palmas en Cuba.

El ministerio presidido por O'Donnell jugaba hábilmente en su favor la carta de la guerra de secesión en los Estados Unidos. España se libraba temporalmente, por partida doble de la amenaza yanqui de adueñarse de Cuba, esgrimida, en una u otra forma, desde los tiempos de Thomas Jefferson y John Quincy Adams. Y, creyéndola presa segura y en forzadas vacaciones la doctrina Monroe, concibió e intentó reconquistar su antiguo imperio.

Las provocaciones a Perú y Chile, la resistencia del pueblo dominicano y la invasión de México por los hijos putativos del segundo imperio napoleónico, desatan una tormentosa marejada de rencor contra España y Francia en nuestra América. Los emigrados hispanoamericanos residentes en los Estados Unidos, y, en primer lugar, los cubanos, reunidos por Juan Manuel Macías, condenado a garrote vil en ausencia por sus andanzas antiespañolas, fundan la Sociedad Democrática de Amigos de América, "en vista —reza el acta de constitución— del peligro que corrían las instituciones republicano-democráticas en el hemisferio americano, si no se hacía un esfuerzo general para contrarrestar los planes de ciertas naciones europeas, que alucinando a los incautos con la seductora enseña de la elevación de la raza latina en el Nuevo Mun-

do, a lo que tendían visiblemente era a destruir las formas de gobierno que aman todos los pueblos americanos”.

El patriotismo continental de la gloriosa época en que nuestros pueblos se intercambian los libertadores —prefigura del internacionalismo revolucionario que simboliza el comandante Ernesto Che Guevara en nuestros días—, retoñaba con espléndidos bríos. El propósito inmediato que perseguía la sociedad creada por Macías era ayudar al pueblo dominicano. En sus *Anales* se publicarían versos y prosas que rezuman odio al despotismo español y trasminan un vigoroso patriotismo americano.

¿Qué acontecía, entre tanto, en la “siempre fiel isla de Cuba”?

El cuadro que suelen trazar de ese período los historiadores burgueses cubanos distorsiona, deliberadamente, su verdadera imagen. No nos alimentemos de virutas de papel: la historiografía tradicional se ha escrito siempre de noche y al servicio de las clases dominantes. El objetivo implícito de sus doctos y solemnes escribas, duchos en la confección de perifollos cientifizantes, esa dar gato por liebre. Eso explica por qué la historia real de nuestra América, salvo las excepciones aportadas por historiógrafos de escrupulosa conciencia o de progenie marxista, yace todavía sepultada bajo una montaña de falsificaciones, mitos y bellaquerías. Sirva de paradigma de estos plumarios de peluca, casaca y espadín don Bartolomé Mitre. No hay historiógrafo de la burguesía cubana que le llegue al calcañal. Y dudo mucho que sus *primus inter pares* ideológicos de Colombia, Perú y Venezuela alcancen a sobrepasar su rodilla.

En los albores de la proyectada guerra de reconquista del imperio perdido, en Cuba el movimiento reformista bregaba por adueñarse de parte de todos los resortes coloniales de poder, monopolizados hasta entonces por los españoles y criollos integristas. El sustentáculo del movimiento anexionista clásico —incorporación de la Isla a los Estados Unidos mediante compra o violencia para proteger e incrementar las ganancias extraídas de la inmisericorde explotación de los esclavos—, había comenzado a desmoronarse al estallar en los Estados Unidos la guerra entre los estados esclavistas del Sur y los estados antiesclavistas del Norte. O dicho en lenguaje más exacto: al abrirse las hostilidades económicas en el plano político y militar entre la decadente clase señorial y la pujante burguesía industrial. Ese anexionismo caduco agitaba, por eso, su desprestigiado estandarte en el vacío. Pero paralelamente había resucitado, por otros medios y en otras formas, en el seno de la corriente reformista. Será una constante de la historia cubana hasta que descienda victorioso de la Sierra Maestra el ejército revolucionario encabezado por Fidel Castro.

Es incuestionable que el movimiento reformista contó, en todos sus avatares, con un estado mayor intelectual de valía. Baste mencionar a José Antonio Saco, a Domingo del Monte y a Francisco de Frías, un trío de tan vigoroso talento, amplio saber y elegantes maneras como de menguado temple, espinazo acomodaticio y óptica miope.

Eran los ilustres voceros, en el campo de la cultura, de los hacendados esclavistas y de la dominación colonial aderezada. Su censura ideológica, si bien se expresaba en nombre de la patria y exhibe irritantes ignominias, arbitrariedades y torpezas, se contraía, en el terreno de los hechos, a la supresión de la trata de africanos y a reformas fiscales, políticas y administrativas que ni siquiera rozaban la estructura de la sociedad colonial, y a las cuales el gobierno español jamás accedería. Si Saco se proclamaba cu-

bano antes que anexionista, jamás logró arrancarse las raíces de sus predilecciones por la soberanía española. De sus señores vivían y a sus señores servían.

El eventual auge del movimiento reformista se produce al calor de hechos que, sin aparente conexión, contenían, sin embargo, en el ulterior desarrollo de sus recíprocas concomitancias, la quiebra de los planes españoles de reconquista de sus antiguas colonias, y suscitan serias inquietudes en la capitanía general de la Isla. Una fuerte escuadra española había aparecido, con los cañones desenfundados, frente a las costas de Perú y Chile, que no la recibían precisamente con motas de algodón. La rebelión del pueblo dominicano contra sus intrusos tutores arreciaba por días. En México, los ejércitos invasores de Napoleón el Pequeño, mordían el polvo de la derrota a manos del guerrillero Benito Juárez, el indio indomable e impasible, veedor y profeta. El creciente empuje de las tropas de Lincoln en los Estados Unidos auguraba el desplome del régimen esclavista.

Alarmado por la intranquilidad reinante en la Isla y el cariz desfavorable de la situación internacional, el gobierno español, a sugerencia de Antonio Cánovas del Castillo, su zorro ministro de ultramar, decidió promover una junta de información encargada de reunir, mediante encuesta pública, los antecedentes requeridos para elaborar un plan de reformas del régimen colonial. La tentadora añagaza alborotó el cotarro reformista, con escasos disentimientos y renuencias. Sus gerifaltes se lanzaron en tropel a la caza del succulento botín que vislumbraban. Una vez más, contribuían, con sus ideas y su conducta, a robustecer las fuerzas que deformaban o entorpecían el desarrollo nacional.

Coplas y chascarrillos acusando de cobardes y vendidos a los reformistas circulaban como pólvora entre los estudiantes. Entre denuestos y chacotas, ya se habla —como puntualiza el historiógrafo Manuel Moreno Fragnals— de que “el problema cubano es de balas y no de juntas”. Y mientras, la conspiración subterránea proseguía y se allegaban combatientes, recursos y armas.

Ignacio Agramonte —futuro protagonista de ingentes proezas en el campo de batalla— se graduaba de abogado en el aula magna de la Universidad de La Habana con palabras que taladran el inmediato provenir: “El estado que se fundamente en la fuerza podrá en un momento de energía anunciarse al mundo como estable e imperecedero, pero tarde o temprano, cuando los hombres, conociendo sus derechos violados, se propongan reivindicarlos, irá el estruendo del cañón a anunciarle que cesó su letal dominación.

Maduraban ya las condiciones para el empinamiento revolucionario que engendrabán los antagonismos ya irreconciliables, entre la nación que se esforzaba por aflorar y la metrópoli que trataba de ahogarla. Mártires y héroes abonaban con su sangre generosa, los surcos de la conciencia cubana.

Cuando Benjamín Vicuña Mackenna se dispuso a cumplir la misión confidencial en los Estados Unidos que le había confiado el gobierno de Chile, despuntaba el esplendor de su madurez. Tenía treinta y cuatro años. Enriquecían su experiencia, templaban su ánimo y encendían su denuedo en luchas, persecuciones, cárceles, cargos, polémicas, honores, decepciones y esperanzas. Colaboraban asiduamente en la prensa y era autor de varios libros, algunos de auténtico valor histórico y excelente calidad literaria. Poseía una pluma acerada y donosa y andaba ya comido por superiores afa-

nes y con una visión que trasponía, largamente, el horizonte lugareño, predominante en la América que otrora fue y quiso ser una.

Había sido, desde 1862, la fuerza motriz de la Sociedad de la Unión Americana. “La completa realización de nuestro ideal —decía—, es una gran nacionalidad americana, puesto que aspiramos a que se forme de todas las repúblicas una gran confederación y de todas las patrias diferentes, una sola, la patria americana”. Vicuña Mackenna se adelantaba evidentemente, a su tiempo al revivir en su pensamiento y acción el sueño trunco de Bolívar. La Cuba irredenta desfiló, más de una vez, con sus infortunios y rebeldías, en sus discursos y mociones. Estaba bien equipado, sin duda, para la delicada tarea que se le había encomendado.

¿En qué consistía esa tarea? Dejemos que Vicuña Mackenna la refiera por cuenta propia, extrayéndola de su prolijo y ardiente libro dedicado a la cuestión:

“Me hizo presente el señor Ministro —alude a Alvaro Covarrubias, encargado de las relaciones exteriores del gobierno chileno— que me llamaba para exigirme un sacrificio al que estaba seguro no sabría negarme. Le contesté que iría al fin del mundo por servir a mi patria en la guerra de honra y dignidad que acaba de declararse. Me explicó entonces su pensamiento. El gobierno deseaba enviarme a los Estados Unidos en una misión inusitada, pero de alto honor en su concepto, la misión de agitador. Quería aprovechar las cualidades de escritor, de hombre diligente y honrado, que su señoría bondadosamente me atribuía. Acepté en el acto, y sólo puse una condición para partir en pocas horas; la de que no se me ligase con ninguna traba diplomática ni de formalidad oficial, pues yo no quería títulos ni honores, sino servir eficazmente a mi país según mis humildes facultades. Rehusé, pues, un nombramiento diplomático que el señor Covarrubias cortésmente me ofreció, y yo mismo le indiqué que sería suficiente el de agente confidencial. No hablamos de sueldo. El señor ministro me dijo que me daría una ración de guerra. Yo que conocía el país a donde iba, comprendí que esa ración no era sólo de guerra sino de hambre, pero me resigné gustoso a ello. Yo era pobre y pedí al señor ministro todas las libertades en el desempeño de mi comisión, excepto, una sola, la de manejar los dineros del Estado. La historia de mi país me había enseñado lo delicado que era esa libertad”.

Oculto en las bodegas del paquebote “Chile”, el agente confidencial logró esquivar el bloqueo de la escuadra española. Leía y releía en su escondite las instrucciones que le había impartido Covarrubias: “Granjear a Chile amigos y auxiliares, suscitar a España enemigos y contrarios; tal es el término a que debe usted dirigirse. Por cualquier camino a que a él llegue, habrá llegado bien y merecerá nuestra aprobación. No olvide que el grito de insurrección en las Antillas españolas ha de ser: ¡Independencia de la América española y extirpación de la plaga odiosa de la esclavitud!”.

A menudo, daba rienda suelta a su imaginación y se veía, soldado de la libertad americana, peleando por la independencia de Cuba y Puerto Rico. Entre otras tareas, su gobierno le había comisionado para que agitara la opinión pública americana y le creara todo género de dificultades al gobierno español. Percibió, con agudo sentido político, que el talón de Aquiles de España no estaba en el Pacífico sino en las Antillas, que éstas debían ser el teatro del encuentro decisivo. Muy pronto diseñó un proyecto enfocado a la emancipación de Cuba y Puerto Rico y hasta se ilusiona con la idea de ser el Libertador de las Antillas.

Desembarcó en el puerto peruano de Pisco y se trasladó a Chinchas Altas, donde acam-

paba el ejército revolucionario al mando del coronel Mariano Ignacio Prado, jefe del alzamiento popular contra el general Pozet, que había ultrajado la dignidad nacional al ponerse en connivencia con España.

En su entrevista con Prado, selló la alianza chileno-peruana en defensa de la integridad de nuestra América. Este convenio, de amplio alcance y trascendental significación, se consolidaría al conquistar Prado el poder para luego disolverse a los cárdenos fulgores de la batalla fratricida. El hombre que quince años después había de encararse a las triunfantes armas chilenas llamaba ahora a Vicuña Mackenna su "amigo muy querido" y se apercibe a luchar por Chile con la misma pasión patriótica que contendía por Perú. La guerra del Pacífico infligiría traumáticas heridas a los pueblos implicados y pingües beneficios a sus promotores. La ulterior penetración británica convertirá la provincia de Tarapacá en una factoría. El despertar de la conciencia antimperialista en Chile data de esa época y el honor de haberla interpretado, secundado y conducido corresponde al Presidente José Manuel Balmaceda, que con su previsor y valiente actitud, concita las iras cerriles de la oligarquía chilena y el capitalismo inglés en un claro enfrentamiento de clases.

La embestida española a Chile y Perú reagrupó a los emigrados hispanoamericanos y, a iniciativa del cubano Juan Manuel Macías y el puertorriqueño Juan Bautista Bassora, se crea la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico, en la que aparecen como conductores, según el acta de constitución, además de los promoventes, el novelista Cirilo Villaverde, el poeta Juan Clemente Zenea, el educador Luis Felipe Mantilla, el periodista Francisco de Paula Suárez y el estudiante desterrado Ramón Roa, mi abuelo paterno. La Sociedad se proponía "poner en ejercicio los medios que estén a su alcance para separar a Cuba y Puerto Rico de la dominación española y adquirir una patria libre e independiente", combatir "A los suplicantes que sueñan con reformas ilusorias", emancipar a los esclavos de ambas islas y "arrancar por la fuerza de las armas al gobierno y el pueblo peninsulares el derecho que les asiste de manejar sus propios asuntos, disfrutar de su libertad, asegurar y defender sus intereses y ocupar el puesto que le corresponde entre las naciones libres de la tierra". A causa de su carácter secreto, el ingreso en la Sociedad era mediante rigurosa selección. Se organizan filiales en Filadelfia y Nueva Orleans. Pero su labor de agitación, propaganda y proselitismo alcanzaría su más alta temperatura a partir de la llegada a Nueva York de Vicuña Mackenna. En su mentado libro, el infatigable combatiente refiere, con lujos de detalles y abundante documentación sus relaciones con la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico y las vicisitudes y amarguras que su faena conspirativa le acarrearán.

Uno de los principales encargos dados a Vicuña Mackenna era el de provocar en los Estados Unidos "simpatías abiertas y calurosas por su causa, que fomentadas con tesón y sagacidad empujarían al gobierno norteamericano a obrar activamente en favor de Chile". Pero no pudo ser más desolador el balance que hizo a poco de su arribo. El pueblo norteamericano era totalmente insensible a la lucha patriótica del pueblo chileno. Ni simpatía oficial ni oficiosa había encontrado en el gobierno de Washington. Daba por seguro que se le brindarían créditos, buques y pertrechos. Ni créditos, ni pertrechos, ni buques se insinúan por lado alguno. La historia parecía repetirse. Si en 1815 el presidente Madison prohibió todo tipo de ayuda a los insurrectos hispanoamericanos, ahora el Secretario de Estado, Sward, no sólo cerraba hermética-

mente las puertas a los pueblos en guerra con el gobierno español, sino, también, hacía causa común con la reconquista del Perú y Chile y formulaba votos en la propia capital de la colonia por la perpetuación del yugo español en Cuba.

Con candidez inexplicable Vicuña Mackenna había creído incluso que la doctrina de Monroe era una salvaguarda de la independencia de América contra las intervenciones de las potencias europeas y no el instrumento unilateral al servicio de la expansión y hegemonía de los Estados Unidos que fue desde sus orígenes. Pero no desmayó ni se dio tregua en la misión que se le confiara. Era tan tozudo como irreductible en el cumplimiento de sus deberes.

Una mañana reverberante de sol resuena un toque de clarín en medio de aquella incipiente selva de hierro y cemento: el periódico "La Voz de América" ha entrado en la liza. Era la primera vez que el verbo de nuestro hemisferio se erguía en los Estados Unidos para preconizar la unidad de los pueblos hispanoamericanos en defensa de su independencia, integridad y progreso. Esta hoja ardorosa y vibrante sería "no sólo el paladín de la causa de Chile", sino también "el vehículo de todas las aspiraciones e intereses de nuestras repúblicas hermanas". Y sería, asimismo, y sobre todo, tribuna y trinchera de Cuba y Puerto Rico.

En Nueva York, los proscriptos de ambas islas se vertebraban, como ya señalé, en torno a la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico. Vicuña Mackenna, que entre sus múltiples encomiendas traía la de ponerse al habla con ellos y ofrecerles la cooperación de Chile a sus planes revolucionarios, trabó contacto inmediato con sus dirigentes. Y, en conversación efectuada con Macías, Bassora y Roa, les propuso artillar buques en corso para interferir la navegación española en las Antillas y proporcionarles a la Sociedad recursos económicos para la organización de acciones armadas en Cuba. Puso, además, en manos de aquélla, las páginas de "La Voz de América" destinadas a "excitar el justo descontento de Cuba y Puerto Rico".

Ni añadir tengo que Macías, Bassora y Roa aceptaron gozosos la oferta y la Sociedad se dio inmediatamente a la obra. Se abrió un censo de militantes y se inició una colecta de fondos. Como prueba patente de su decisión de llevar a efecto lo acordado, la Sociedad se había comprometido con Vicuña Mackenna, a reluciente instancia de éste, a aportar recursos propios en cantidad igual a la ofrecida. Más que reclamo del agente chileno, era una exigencia irrespetuosa de Covarrubias, ya que en su inmensa mayoría los desterrados cubanos y puertorriqueños no tenían donde caerse muertos. A cada uno de aquellos hombres los "defendía y amparaba" su vida indoblegable. Muchos habían encanecido amamantando la esperanza de blandir sus machetes cara a cara al enemigo.

"La Voz de América" era el más efectivo apoyo internacional que habían tenido hasta entonces los revolucionarios cubanos.

Los proyectos y tentativas anteriores de gobiernos hispanoamericanos, incluyendo las ofertas de Bolívar, jamás habían trascendido a los hechos. Esta vez la buena voluntad de Perú fortalecía la ayuda de Chile.

Bien sabía Vicuña Mackenna que la pura prédica era insuficiente para derribar las sobrevivencias del imperio español en América. Resultaba indispensable conjugar la propaganda con la acción y concertar las voluntades de dentro y de fuera. No era con meras palabras, por incisivas y trepidantes que fueran, como se podría liberar a Cuba

y Puerto Rico. Requeríase, a la par, "las armas de la crítica" y "la crítica de las armas". Y a adunar pensamiento y acción se enderezarían sus pasos.

Harto propiciatorio era el ambiente en Cuba. Un aire estremecido de anhelos y presagios encandilaba la atmósfera de la isla encadenada. Venteábase la inminencia de un cambio de estación. Las emanaciones que efundía la tierra evocaban las que vaticinan el renacer de la naturaleza después del sopor invernal. La revolución es la primavera de la historia. Y en la historia de Cuba estaba a punto de reventar la primavera.

En sus ciudades y campos y, especialmente en las provincias de Camagüey y Oriente, grupos ya cohesionados y decididos, organizaban en secreto un alzamiento popular. Una poderosa aspiración urdida por Carlos Manuel de Céspedes y Francisco Vicente Aguilera —que serían los primeros presidente y vicepresidente de la República en Armas— se desarrollaba viento en popa en los aledaños de las montañas orientales. La realidad objetiva y los factores subjetivos empezaban a corresponderse. El proceso de formación de la vanguardia revolucionaria y el inexorable enfrentamiento armado entre el pueblo cubano y sus opresores se había puesto en marcha.

El primer número de "La Voz de América" apareció el 21 de diciembre de 1865. De sus ocho páginas, tres se dedicaban a las dos islas que, como sentenciara José Martí, "habrán de salvarse juntas o juntas perecer"; de sus dos mil ejemplares, mil se distribuían secretamente en Cuba. Parte de la tirada se introducía en Puerto Rico y España. El resto circulaba en Chile y en las repúblicas americanas.

En el editorial de ese número, subtítulo "La libertad de Cuba y Puerto Rico", Vicuña Mackenna ratifica su profesión de fe americanista y plantea el problema de la independencia de Cuba como deber del continente. Transcribo, a continuación, algunos de sus párrafos sustanciales: "El sistema de América está truncado en esa latitud importantísima que domina no sólo el Atlántico, sino en cierta manera una vasta porción del Pacífico por su vecindad al Istmo y es preciso reconstruirlo bajo sus bases naturales: Cuba, la bella, la graciosa perla de las Antillas, es una hermana muy querida de la América, y tanto más querida cuanto más infeliz, y es preciso restituirla al hogar común. Su estrella solitaria, en fin, gira en su cielo nebuloso buscando su órbita perdida, y es preciso que la encuentre, haciendo que se consumen mañana, hoy si es posible, estos dos grandes hechos correlativos cuya doble alborada brilló en 1810 y en 1812: la libertad de los esclavos y la independencia política de los cubanos".

En otro editorial de su periódico, Vicuña Mackenna advierte el dramático peligro que se cernía sobre el futuro de la Antilla mayor: "Durante medio siglo, el águila del Norte contempla desde los sombríos farallones de las costas de la Florida separados de Cuba por un canal de cincuenta leguas, aquella presa de su codicia y aguarda, con sus alas desplegadas, sólo la ocasión propicia para lanzarse sobre ella y anexarla". Y agrega: "Entiéndase que al hablar de Cuba nos referimos siempre, aunque en menos escala, a Puerto Rico".

No dan tregua a su pluma los cubanos revolucionarios más adictos a Vicuña Mackenna. Cirilo Villaverde, Juan Clemente Zenea y Luis Felipe Mantilla colaboran regularmente en "La Voz de América". Ramón Roa publica fogosos panfletos, décimas urticantes y el romance "La heroicidad de Don Casto", en que se ridiculiza,

con zumba criolla, al jefe de la flota española en el Pacífico, almirante Méndez Núñez.

La primera estrofa de la "Canción de guerra del guajiro", publicada también por Roa en "La Voz de América", se popularizó entre los conspiradores de la Isla y en los centros de la emigración:

*Que pare ya el zapateo,
callen el tiple y el güiro,
la música del guajiro
será la del tiroteo.*

La filtración en Cuba de "La Voz de América" se acompañó de proclamas detonantes que se difundían como si hubieran sido impresas en el país. Integristas y conciliadores recibían, en idéntica dosis, el chorro de denuestos que conservan todavía fresca la mostaza. Para mí, Vicuña Mackenna dejó atrás a Juan Montalvo en el uso y abuso de la invectiva política.

La dirigencia del movimiento reformista se percató, rápidamente, de que si este renacer del espíritu y de la agitación revolucionarios lograba ampliar su radio de acción, podría, a la postre, obstaculizar sus juegos y mermarle prestigio. La diatriba de Francisco de Frías, tildando a los miembros de la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico de "descamisados y resentidos" y echándoles en cara, como un crimen, que abogasen por la "libertad para todos los habitantes de Cuba y Puerto Rico, sin distinción de razas ni colores", delata la concepción clasista, discriminatoria y antidemocrática de los personeros del movimiento reformista. Y evidencia, asimismo, hasta qué punto ha calado la propaganda de "La Voz de América".

Puede aseverarse en forma categórica, que el periódico de Vicuña Mackenna contribuyó, en apreciable medida, al proceso de maduración de la conciencia revolucionaria en Cuba y que su prédica no fue ajena a las protestas y rebeliones que se sucedían en esa etapa. Pero lo que imprime su genuina dimensión al papel desempeñado por Vicuña Mackenna en el proceso de nuestra independencia es haber planteado la necesidad y el deber de nuestra América de librar como propia la batalla de Cuba.

En el número correspondiente al primero de mayo de 1866, Vicuña Mackenna, que ya barruntaba el crepitar de la insurrección que dos años después incendiará la Isla, lanzó este broncíneo llamamiento: "¡Cubanos a las armas! ¿Creéis que Agüero y D'Strampes, López y Armenteros descansan en sus tumbas? ¡No! Esas santas cenizas se agitan en sus féretros sangrientos, esas víctimas ilustres sacuden sus cadenas y os piden en cada hora, en cada ráfaga del aire, en cada rayo de luz, que les venguéis de los que en el oprobio del cadalso o en la iniquidad de la ley los condenaron. ¡A las armas, cubanos! ¡La hora de la redención ha llegado para vosotros! ¡Levantados como un solo hombre y seréis sólo la vanguardia de América! Ella os lo ha prometido y ella os lo cumplirá".

Desde aquel instante, la actividad de Vicuña Mackenna se concentró en la organización de una expedición armada a Cuba semejante a la expedición libertadora del Perú comandada por O'Higgins y San Martín. Le escribió a Covarrubias reclamando su concurso y brindándose como soldado. "El Callao —le decía— punto necesario y estratégico de partida de una empresa de ese género, no está a mayor distancia de los puertos del sur de Cuba que de Valparaíso. Tardaríanse doce días

o dos semanas para transportar dos mil hombres a cualquiera de esos puertos". "No dude —concluía— que la Isla está preparada".

A esa apelación angustiada, el ministro Covarrubias dio la callada por respuesta. Su actitud era síntoma inequívoco del inminente repliegue a que se disponía el gobierno chileno, minado por el chato lugareñismo y el espíritu de mostrador de los conservadores de todo pelaje instalados o influyentes en La Moneda.

Acudió en balde a Venezuela y Colombia. Perú por boca de Prado, prometió estudiar concienzudamente una empresa de "tan alta importancia y de tan grandiosas consecuencias para nuestra repúblicas". Pero de ahí no pasó. Los ecos de su titánico braceo conmovieron al general José Antonio Páez y éste, no obstante sus noventa años de edad, decidió trasladarse a Nueva York.

Ya era tarde. Uno de los tragos más amargos de la vida de Vicuña Mackenna debió ser la abrupta decisión de su gobierno de dar por concluida su misión. "Las consideraciones e informes contenidos en el número 22 —escribíale Covarrubias— relativas a Cuba merecen nuestra especial atención". "Tal era el pago de Chile" —consigna con lapidaria sobriedad, en su libro.

Ya días antes había recibido Vicuña Mackenna un golpe rudísimo: el apresamiento del buque corsario chileno "Meteoro" por las autoridades norteamericanas, cuando se disponía a levar anclas rumbo a las Antillas bien equipado de armas y hombres. Entre ellos se contaba Ramón Roa.

Aunque las relaciones personales y políticas con Vicuña Mackenna no sufren menoscabo por la inesperada y desalentadora decisión, la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico, a la cual traspasa la propiedad del periódico "La Voz de América" y procura un importante cargamento de armas, quedará bastante maltrecha.

La presencia en Nueva York de José Antonio Páez fue un tónico para los frustrados expedicionarios. No sólo les infundió ánimo y esperanza: olvidando años y achaques, les ofreció, también, su brazo. El audaz proyecto de Páez de asaltar un buque español y artillararlo para hostilizar la escuadra enemiga en las Antillas —idea que afilió también a Ramón Roa— fracasaría por carencia de recursos; pero daba la medida de su disposición y coraje.

El primer arranque de Vicuña Mackenna había sido renunciar a sus actividades oficiales en Chile y consagrarse a la lucha por la independencia de Cuba. Pero se ve compelido a desistir por la lluvia de reconvenciones y censuras que suscita su consecuente actitud. Para unos, era un "loco"; para otros, un descastado. No podía ser de otra manera. El panorama que se divisa desde un campanario no es el mismo que se otea desde el Aconcagua. Y a esa angosta visión había acabado por reducirse la perspectiva histórica de las clases dominantes en nuestra América. El patriotismo continental perviviría, subsumido a veces, a flor de tierra otras, en el pueblo trabajador, en la juventud estudiantil, en los partidos revolucionarios y en los intelectuales de avanzada.

Amargado y entristecido retornaría Benjamín Vicuña Mackenna a su patria. Se siente defraudado y zaherido. Y más que todo le punza hondamente el vuelo gallináceo y la estrechez de miras de su gobierno, que hizo naufragar en el momento decisivo una empresa de alto bordo que hubiera situado a Chile en la vanguardia del continente en la lucha contra la reconquista colonial y la conquista imperialista. Pero su profecía, apenas musitada cuando abandonaba para siempre "aquel país de oro y lodo" que también fue sordo a sus no-

bles imprecaciones, aunque mucho después, se cumplirá cabalmente: “¡Cuba será libre!”. Cuba, en efecto, sería libre, es hoy libre y será libre por los siglos de los siglos.

El 10 de octubre de 1868 se inicia una épica revolucionaria que duró cien años y se culmina el 1° de enero de 1959. La bandera que tremoló Carlos Manuel de Céspedes al levantarse en armas en su ingenio “La Demajagua” después de haber liberado a sus esclavos era la misma de Chile con los colores invertidos. No fue por acaso, ni por capricho, que el Padre de la Patria indujera a confeccionar esa enseña. La inspiró el gallardo combate de Benjamín Vicuña Mackenna por la independencia de Cuba. Aún ondea en el palo mayor de los buques y coheteras de la marina de guerra revolucionaria.

Tampoco se perdió la siembra americanista del insigne chileno. Hoy Cuba se alza hermanada a los pueblos de nuestra América, que se buscan, encuentran y juntan. La estrella de Chile y la estrella de Cuba se funden, en un mismo haz de luz, en el reanudamiento, en el recuento y en la marcha unida, en condiciones concretas y distintas y con perspectivas que abarcan “el universo que se nos encima amasado por los trabajadores”, de la frustrada acometida bolivariana. Y, así como a la guerra revolucionaria cubana de los diez años acudieron combatientes de toda América, peleando la suya propia con la nuestra, ahora están acudiendo de nuevo para pelear la de toda la América oprimida y explotada por el imperialismo yanqui y las oligarquías nativas bajo la égida iluminada de José Martí, autor intelectual del asalto al cuartel Moncada, primogénito de la vida nueva a que aspiran nuestros pueblos y heraldo de la conmoción revolucionaria que sacude las entrañas de nuestro continente.

Grabado del siglo XVI que representa el arribo de una de las carabelas de Colón a “Insula Hispana”, más tarde denominada Cuba

